

Pablo Neruda

Por María Carolina Geel

En cierta sala de espera hay una revista. Fecha: marzo de 1977. Hojeándola, se llega a un reportaje sobre Pablo Neruda, en relación con la crítica hecha en los Estados Unidos a sus memorias o confesión de "haber vivido". Las opiniones son desfavorables. Un periódico las califica como "las desilusionantes memorias de Pablo Neruda", y la crítica Sara Hopkins lo estima un poeta "simplemente dotado".

De regreso empezamos a pensar en ello, a recordar a Neruda, en abstracto, ya que nunca lo conocimos, iniciando un repaso mental de su obra, de aquel *pêle-mêle* de ésta con la política, de sus Residencias, de sus Veinte Poemas, de la Canción Desesperada, de su Crepusculario, su Extravagario y... de su figura delgadísima, vista y revista, en la famosa fotografía de la barbilla sobre la mano. Esta última evocación despierta otra, y es el poema que hoy casi nadie recuerda, que él mismo echó al olvido, parece, y al cual queremos referirnos más adelante.

Así que poeta "simplemente dotado"... Con el debido respeto, decimos que la señora Hopkins ha errado a fondo. Porque se trataba, precisamente, de un poeta nacido, nos atreveríamos a decir, dotado hasta los huesos. Un poeta en que la poesía era ese signo más que los dioses imponen, muy parcos, al mero ser natural. Y un poeta que tuvo un enemigo poderoso: su comunismo. Reconozcamos que éste fue una ayuda en cuanto a proclamarlo internacionalmente, lo que es de agradecer (no es Chile país al que le preocele glorificar a sus artistas legítimos, cosa que deja a cargo del extranjero; cuatro ejemplos al vuelo: Mistral, Neruda, Colvin, Matta). Pero como suele ocurrir con aquel país eslavo, sus ayudas deben pagarse a un alto precio. El más alto: la entrega de sí, de la propia identidad, se trate de individuo o nación. Luego, aunque parezca una referencia de poca monta, Neruda pagó además con su espigada silueta de gran vate escaso de dineros, alcanzando una obesidad poco lírica y por demás opulenta.

Claro está que en ello debió jugar también el desquite del alimento escaso y el alojamiento ingrato en la juventud bohemia. Mas...

Hubo también otro enemigo que acechó a Neruda sin darse descanso, y fue el geniecillo del mal que lo inducía a escribir torrencialmente. ¿Era de verdad en él un impulso incontrolable o deseó secretamente emular en nuestro idioma al feracísimo Lope de Vega y Carpio? Quién sabe. Pero cuando en ocasiones se ven los tomos y tomos y más tomos de su producción dan deseos de reducirse a no más de diez de sus libros y olvidar el resto que abruma.

Tenemos ante la vista, como confirmación, su póstumo *Para nacer he nacido*. Sus herederos y admiradores creyeron necesario publicarlo poniendo allí no escasas naderías que su autor debió desestimar. Sobre esto haremos una observación que más de una vez hemos planteado. Los grandes escritores y poetas adquieren con el tiempo lo que hemos llamado un fuero. Este es usado y aceptado tanto por el escritor mismo como por el público. Y empieza a ocurrir que uno cree, al parecer de buena fe, que todo cuanto concibe está dotado por un especial fluido artístico y sin más va a la letra de molde, y el otro, al leerla, también sin más lo da por excelente. En el hecho estricto el

autor ha expresado una futesa muy por debajo de su talento. Esto daña peligrosamente a todo creador.

Por cierto que este libro contiene, inevitablemente, algunas bellas prosas libres de toda sujeción bastarda; en todo caso, son pocas.

Pero volvamos a su poesía y al antiguo y juvenil poema aludido al comienzo. Mucho tiempo venimos tratando de hallar el porqué, saltándonos algunos suspensivos y caídas más de época que de insipiencia, ese poema despierta cierta y determinada sensibilidad. Su título: "Un Hombre Anda Bajo la Luna".

..... calles blancas...
siempre ha de haber luna cuando
por ver si la pena arranca
ando y ando...

Recuerdo el rincón oscuro
en que lloraba en mi infancia
los líquenes en los muros
las risas a la distancia.

Sombra, silencio... una voz
que se perdía...

la lluvia en el techo. Atroz
lluvia que siempre caía
y mi llanto, húmeda voz
que se perdía.

Se llama y nadie responde,
se anda por seguir andando.

Andar, andar... ¿hacia dónde?
y hasta cuándo.

Nadie responde
y se sigue andando.

(...)

Uno se cansa de amar...
uno vive y se ha de ir.

(...)

Siempre ha de haber calles blancas
cuando por la tierra grande
por ver si la pena arranca
ande,
y ande...

Romanticismo. Quizá demasiada cadencia, pero ¿qué hacerle? El poema afluye a la memoria acaso porque algunos también andan de pronto por la tierra grande... Además, él nos llega como incontaminado, esto es, ni política ni ambiciones ni producción a raudales. Nada más que el ser en su abandono intrínseco, en su cuestionar interminable.

Ignoramos la fecha en que fue escrito, pero es seguro que la época de la gran poesía del vate vino después. ¿Su descenso? Diríamos que empezó con posterioridad al *Extravagario*. Si erramos, en verdad tiene poca importancia.

Y una acotación final:

Como es sabido, hay admiradores sectarios de Neruda, como los hay de Gabriela Mistral. Desde nuestro ver diremos una vez más que la gran poesía mistraliana tiene un punto sobre la nerudiana, que es éste: mientras Neruda ha sido imitado con abundancia y aun acierto, a Gabriela Mistral no ha podido imitarla nadie.

En fin, puede verse que es bastante lo que llega a evocar una revista que, de seguro, sigue durmiendo en una sala de espera.